



Revista Conflicto Social - Año 5 N° 7 - Enero a Junio de 2012

El clasismo sindical, en tiempos kirchneristas. Un estudio de caso.

The trade union classism in times of Kirchner. A case study.

Santiago Duhalde * Paula Lenguita**

Recibido: 30 de abril de 2012

Aceptado: 28 de junio de 2012

Resumen: El clasismo sindical en la Argentina fue una expresión zigzagueante dentro de las tradiciones obreras del siglo pasado. Los saltos se impusieron, tal vez, por la hegemonía del peronismo en la vida sindical nacional. El presente artículo actualiza ciertas cuestiones determinantes para dicha orientación gremial, a partir de un caso que tuvo repercusiones a nivel nacional, por su impacto político y mediático en su abierta confrontación con el gobierno de Néstor Kirchner.

Palabras clave: Clasismo – tradiciones gremiales – kirchnerismo – lucha sindical – poder.

Abstract: The trade union classism in Argentina was a zigzag expression within labor traditions of the twenty century. The jumps were imposed perhaps by the hegemony of Peronism in the national union life. This article updates some determinant questions on this union orientation, taking a case that had national implications (by their political and media impact) because his open confrontation with the Nestor Kirchner government.

Keywords: Classism – labor traditions – Kirchner – union struggle – power.

¹ Los autores quieren agradecer públicamente a los dirigentes y militantes gremiales que generosamente han brindado su testimonio y la documentación relevante para recomponer la lucha gremial que se analiza. Este estudio contó con el apoyo financiero de dos instituciones públicas: el CONICET (PIP 2011-2013, proyecto titulado: “El sindicalismo en el lugar de trabajo. Estudio cualitativo sobre la descentralización del conflicto laboral en Argentina”) y la Universidad de Buenos Aires (UBACyT 2012-2014, proyecto titulado: “La incidencia de la comisiones interna y/o cuerpo de delegados en la construcción del poder sindical. Un análisis comparativo”). A su vez, es necesario mencionar que parte de este artículo corresponde a los desarrollos de la tesis doctoral en co-tutela de Santiago Duhalde, titulada “La vida al interior del sindicato. Estudio de caso sobre la dinámica interna de la Asociación Trabajadores del Estado, 2003-2008”, defendida y aprobada en marzo de 2012, y dirigida por la Dra. Paula Lenguita (UBA) y la Prof. Danielle Tartakowsky (Université Paris VIII-Vincennes-Saint-Denis).

* CONICET-UBA. Correo electrónico: santiagoduhalde@hotmail.com

** CONICET-UBA. Correo electrónico: plenguita@ceil-conicet.gov.ar



Introducción

Tras una reconstrucción de la escena económica, impuesta por la devaluación monetaria a comienzos del siglo XXI, nuestro país vive una puja distributiva que, entre otros elementos, viene dando lugar a una *revitalización de la lucha sindical*. A diferencia de lo que sucedió en los años noventa, dicha variante en el conflicto laboral genera perspectivas interpretativas divergentes, respecto al sentido de su orientación y a las formas que asume su liderazgo.

Por un lado, existen colegas comprometidos en señalar el impulso reciente que asumen ciertas instituciones de negociación colectivas, como expresión manifiesta del rol activo que comienzan a desempeñar las conducciones oficiales de los gremios, para imponerse en la puja económica y diferenciarse del rol desempeñado por los sindicatos en la época neoliberal.

Por otro lado, otro grupo de autores, consideramos que esta reactivación puede comprenderse a partir del rol dinámico de las bases sindicales, ya que entendemos a esta última como una práctica que dinamiza el acrecentamiento del poder sindical, en la disputa económica y salarial en curso. Por lo tanto, adoptamos una posición proclive a avanzar sobre esta configuración subterránea de la lucha gremial, para advertir ciertas consecuencias políticas dadas por el distanciamiento con respecto a los estamentos gremiales; entendiendo esas distancias como una manifestación del mayor margen de maniobra que alcanzan las bases para darle una orientación al sentido de su acción reivindicativa, a la renovación de ciertos liderazgos y a la intensificación de las esferas de confrontación contra las patronales.

Para fortalecer esta segunda interpretación, presentamos un estudio del aumento en el protagonismo de las bases sindicales, a partir de un proceso huelguístico que se desató a mediados de la década pasada. Fue una lucha llevada adelante por dos sindicatos nacionales y una asociación de profesionales, representantes de los trabajadores de un nosocomio pediátrico. Una huelga que derivó en el alza del protagonismo político de una junta interna clasista, por la repercusión nacional que adoptó el conflicto, tras la intervención crítica del gobierno kirchnerista, a partir de sus más altos funcionarios: ministros de la cartera laboral, sanitaria y el propio presidente de la nación en ejercicio.

Ese realce político de la junta fue consecuencia de las críticas públicas del gobierno nacional por la orientación clasista de la estrategia gremial. Condiciones coyunturales que nos permiten considerar el desarrollo huelguístico liderado por esa tradición sindical, para comprender sus límites y contradicciones respecto a la actual coyuntura política. Concretamente, veremos cómo la orientación clasista le brindó a esa junta interna una capacidad de maniobra autónoma respecto a otros liderazgos sindicales, y respecto a la conducción oficial del propio gremio de pertenencia. Pero, a su vez, le impuso un desarrollo al conflicto que terminó por aislar a los delegados, incluso respecto a los intereses de los trabajadores del hospital.

En síntesis, pensamos que esta reconstrucción del comportamiento clasista en el presente sindical es una herramienta para comprender los límites y desafíos de esta tradición obrera, no sólo respecto a la actual coyuntura política de las luchas que encarna, sino también respecto a una orientación de radicalización política que está en su propio programa gremial, el cual plantea interrogantes ligados al aislamiento en el que incurren ciertos liderazgos que la representan.





Un caso de clasismo sindical en tiempos kirchneristas

La lucha gremial en el hospital nacional considerado, tuvo un punto de inflexión a partir del triunfo electoral, por parte de un sector integrado por militantes de partidos de izquierda, en la junta interna de un sindicato estatal (la Asociación Trabajadores del Estado). Concretamente, la composición de la junta triunfante en el año 2002 quedó constituida por un secretariado con miembros del Partido de la Revolución Socialista y del Partido Obrero. Con las elecciones internas del año 2004 se han incorporado miembros provenientes del Movimiento al Socialismo, y cuatro años después se han integrado militantes del Partido de los Trabajadores Socialistas, mientras se han distanciado los miembros del Partido Obrero y de la Corriente Clasista y Combativa, que estaban desde el inicio de la conformación de la Lista Roja. Dicha agrupación, con esa denominación, viene conduciendo desde hace diez años la junta interna de ATE en el hospital pediátrico.²

Los principales dirigentes que gobiernan la junta clasista en el nosocomio, se encuentran actualmente realizando tareas políticas para disputar poder sindical en el gremio estatal de referencia. A partir de un frente clasista dentro de la Asociación Trabajadores del Estado, los principales dirigentes de la junta interna están participando de una serie de confrontaciones para ganar espacio electoral en el gremio. Una trayectoria que realizan con el acompañamiento de distintas juntas del sindicato, que también han ganado espacio en las bases de los estatales, y se concentran en el sector sanitario, entre otros espacios gubernamentales, a través de un frente de disputa sindical.³

² Esta reconstrucción pudo realizarse a partir de entrevistas en profundidad a delegados y exdelegados de la junta interna, y a partir del análisis de las actas de proclamación de la Junta Electoral del sindicato.

³ En la actualidad, este frente clasista dentro de la Asociación Trabajadores del Estado tiene una fuerte presencia también en otros hospitales públicos, como el Hospital Gutiérrez y el Hospital Posadas.

La junta interna analizada es considerada dentro de la corriente clasista del sindicalismo a partir de su adopción de un programa gremial que toma esa orientación.⁴ Una decisión que está desde su fundación como opción electoral de base en el nosocomio, y que es persistente desde que estos delegados están al frente de la junta.

Los elementos del programa gremial que distinguen como clasista a esta junta son, fundamentalmente, la autoridad política y ejecutiva del órgano asambleario para la toma de decisiones del accionar gremial, y la condición “no patronal” de los vínculos con organismos políticos para sus alianzas. Con respecto a lo primero, se trata de la delegación de *autoridad política y decisoria* que le brindan a la asamblea en lo referente a facultarla tanto para la revocación del mandato gremial como para limitar el poder de representación de quienes concurren a las reuniones paritarias. En segundo término, ese comportamiento interno de la organización gremial expresa límites también en *relación con la índole política de sus alianzas*. Así, se reivindica una “independencia”, como enuncia el programa, con respecto a gobiernos y partidos “patronales”.

Teniendo en cuenta estas *premisas clasistas del funcionamiento gremial* de esta junta interna estatal, veremos cómo se sostienen esos elementos en la propia *práctica huelguística*, a partir de un conflicto que asumió repercusiones públicas, con una escalada de confrontación política que pasó a enfrentarlos con dos ministros del gobierno kirchnerista y hasta con el propio presidente de la nación, Néstor Kirchner. En consecuencia, abordaremos la manera en que ese rol político de la junta se logró configurar a escala nacional, en dos momentos del proceso huelguístico que se llevó a cabo en el año 2005.

⁴ Nos referimos al “Programa de la lista roja”, texto corregido y votado en asamblea de la Lista Roja en los meses previos a las elecciones internas de 2002, 2004, 2006, 2008 y 2010.





Las repercusiones políticas de los tramos huelguísticos

En un primer momento, la huelga se desarrolló entre marzo y abril de 2005. Como se dijo, la junta clasista tuvo la oportunidad, en ese conflicto, de ser acompañada por otras fuerzas gremiales de trabajadores del hospital. En esos meses, quienes se pusieron a la cabeza del conflicto fueron los delegados de la Asociación Trabajadores del Estado, pero con el apoyo de las expresiones de base de la Unión del Personal Civil de la Nación y de la Asociación de Profesionales del organismo sanitario.⁵

Esa medida de fuerza llevada a cabo por las distintas organizaciones de base, dio un impulso fundamental a la lucha sindical. La huelga compartida fue producto de una demanda salarial muy sentida por los empleados del hospital. Los trabajadores no habían recibido ningún aumento salarial en los anteriores trece años. Una situación que era generalizable a todos los empleados públicos en sus distintas dependencias a lo largo de ese tiempo. Cabe agregar que este atropello salarial fue mayor cuando se analiza la quita de ingresos que se hizo hacia los trabajadores estatales en el año 2001, por parte del gobierno de Fernando de la Rúa. A su vez, esa decisión estuvo acompañada por un nuevo deterioro salarial, debido a la medida de devaluación monetaria impulsada por un gobierno peronista de transición en el 2002, como salida política y económica a la crisis social desatada en el país un año antes.

⁵ Esto puede verse claramente a través de los testimonios de delegados y exdelegados de la junta interna y de la lectura de algunos de los principales diarios nacionales. Véase Diario La Nación, "No cesa la medida de fuerza en el Garrahan", 14/04/05; Diario La Nación, "Comienza hoy otro paro de 72 horas en el hospital Garrahan", 20/04/05; Diario Clarín, "Garrahan: reunión clave para destrabar el conflicto", 24/04/05; Diario Clarín, "La interna sindical, revuelta", 26/04/05; Diario Clarín, "Una interna caliente", 28/04/05; Diario Clarín, "El paro llegó a los hospitales bonaerenses y hubo problemas", 29/04/05.

La demanda, que extendió el interés de confrontación de los empleados del hospital, fortaleció no sólo la participación de los trabajadores afiliados a otros sindicatos (en esa alianza coyuntural que mencionamos), sino que también provocó un acrecentamiento de la propia cuota de simpatizantes de la junta clasista. Según datos testimoniales de los activistas de esta junta y documentos del período,⁶ en sólo un año pasaron a sextuplicar el nivel de participación en las asambleas, a partir del conflicto que estamos considerando.

Esta información es consecuente con las imágenes periodísticas del mes de abril de 2005, que muestran el auditorio del nosocomio repleto de trabajadores participando de las asambleas.⁷ La iniciativa huelguística iniciada en el mes de marzo, con una política de paros escalonados e intensificados, comenzó con el reclamo de un aumento salarial sobre el básico del 70% y un 2% por año de antigüedad, como puede verse en los afiches y folletos difundidos por la junta en ese mes.

Frente a estas demandas, las autoridades gubernamentales del hospital ofrecieron un aumento del 10% del básico salarial y una suma fija no remunerativa para los trabajadores de menor ingreso. Una propuesta que generó el levantamiento de la medida de fuerza el día 26 de abril. Sin embargo, el rechazo por parte de esta junta clasista de un acuerdo de paz social, volvió a imponer medidas de fuerza a las cuales ya no se sumarían los sindicatos que por entonces acompañaban.

Dicha alianza entre los sindicatos se rompe los primeros días de mayo, cuando, por los apuros que el conflicto causaba a nivel de la política nacional, las autoridades gubernamentales realizaron una nueva oferta

⁶ Nos referimos a folletos y notas de difusión al interior del hospital, publicadas por la junta interna de ATE aproximadamente entre los meses de abril y mayo de 2005.

⁷ Por ejemplo, Diario Clarín, "Los empleados deciden hoy si retoman la huelga en el Garrahan", 20/04/05.





del 20% de aumento al salario básico, como consta en las actas paritarias. Propuesta que fue aceptada tanto por el sindicato estatal que apoyó a la junta clasista analizada, como por la asociación de profesionales del hospital, y rechazada por la junta interna de ATE.

Pero, además del aislamiento interno, la junta generó con su decisión una ruptura de la negociación con las autoridades gubernamentales, que fue intensificándose a partir de una escalada de manifestaciones públicas de los más altos funcionarios kirchneristas. Algunos elementos de esta radicalización en el enfrentamiento, son los dichos del ministerio de trabajo en plena negociación del mes de abril, antes del cierre parcial del conflicto, cuando en un documento oficial apuntó en contra de “*la injustificada prolongación de la medida de fuerza*”.⁸

Una vez iniciado el nuevo tramo de la huelga, en situación de aislamiento de la junta estudiada, el gobierno kirchnerista realizó tareas de militarización del predio del nosocomio. Una medida que provocó una fuerte reacción por parte de los trabajadores que continuaban en el conflicto. Se trató del ingreso de personal policial dentro del hospital un día sábado de huelga, que, según los delegados, tenía como propósito intentar incorporar a la medida de fuerza a los empleados *franqueros*⁹. Finalmente, las reacciones de los trabajadores frente a esa presencia lograron desactivar un enfrentamiento físico. Esa embestida patronal prosiguió por canales judiciales, colocándoles a las enfermeras –uno de los sectores más combativos a lo largo del conflicto– obstáculos para realizar su derecho a huelga.¹⁰

⁸ Comunicado de Prensa del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, Dirección de Prensa y Comunicaciones, 15 de abril de 2005.

⁹ Así se denomina al personal que trabaja reemplazando a otros empleados en sus días francos.

¹⁰ Sin embargo, un fallo del Poder Judicial consideró que las enfermeras en huelga debidamente notificada a las autoridades del hospital, que no se presentan en las guardias mínimas, no concurren en la figura penal de abandono de persona, debido al hecho de que, en base al previo aviso, el personal médico es quien debe reemplazar a las enfermeras en paro (fallo del 27 de abril de 2006 del Juez Nacional en lo

Finalmente, en un avance para estigmatizar a los líderes de la huelga – y utilizando los medios de comunicación– los más altos funcionarios del gobierno kirchnerista, incluyendo al presidente en ejercicio, hicieron lo posible para aislar a los manifestantes de cara a la opinión pública, haciendo especial hincapié en el carácter clasista de la orientación gremial de la junta. Nos referimos a las declaraciones públicas del principal responsable de la cartera sanitaria del gobierno nacional, el ministro Ginés González García, al señalar: *“El Hospital tiene un grupo salvaje de delincuentes sanitarios que hacen terrorismo tomando como rehenes a los chicos y que realmente tienen cansada a toda la sociedad.”*¹¹ La segunda embestida estigmatizadora vino de parte del propio presidente de la nación en ejercicio, cuando identificando al secretario general de la junta interna manifestó lo siguiente: *“En una revista el señor que dirige la toma [...] dijo que no cree en las democracias, que el mejor gobierno había sido el de Lenin. Es lógico: si no creen en la democracia recurren a todo este tipo de procedimientos.”*¹² Días antes, el propio Néstor Kirchner se había manifestando de una manera más laxa sobre la huelga hospitalaria, cuando instó a los huelguista a *“no tirar de la soga más de lo que se puede.”*¹³

Esa segunda fase de la embestida patronal derivó en un desgaste del conflicto, por vía de la estigmatización, a la cual también se incorporaron los medios de comunicación masivos. Una presencia mediática que al principio de la huelga había servido para instalar este liderazgo clasista, pero que después derivó en una asfixia para los huelguistas.¹⁴ A su vez, esta presión no sólo sucedió a nivel simbólico,

Criminal de Instrucción Eduardo A. Daffis Niklison referente a la causa nº 19.639/05 sobre delito de abandono de personas). Esto sentó precedente y, al parecer, otorgó mayor confianza para la realización de acciones directas por parte de estas trabajadoras a nivel nacional.

¹¹ Diario Clarín, “Fuego cruzado por el conflicto en el Garrahan”, 28/07/05.

¹² Diario Clarín, “Kirchner fustigó a los piqueteros y reclamó a la Justicia que actúe”, 19/08/05.

¹³ Diario Clarín, “En Merlo, Kirchner pidió un límite al reclamo salarial”, 17/08/05.

¹⁴ Como ejemplo extremo de esta operación mediática, en Canal 9 el principal dirigente de la huelga fue ubicado junto a las torres gemelas incendiadas en 2001 y a





sino también a nivel económico (por ejemplo, al darle a un sector de los médicos anestesiistas mejores condiciones salariales a cambio de interrumpir los beneficios contractuales con los que contaban) y político (como la llevada a cabo por el ministerio de trabajo al solicitar la identificación de los huelguistas, para realizar los descuentos salariales de los días de paro), sin dejar de insistir en los procesamientos judiciales y las amenazas a los dirigentes y activistas más combativos.

Un desgaste de la huelga que forzó su finalización en octubre de 2005, sobre la base de un aumento salarial impuesto por la administración del hospital de un 20%, posición no aceptada por la junta clasista, que pretendía una distribución equitativa de esa nueva masa salarial. El balance muestra una relación de fuerzas a favor de la patronal para los meses anteriores a la declinación del conflicto, con represalias que van debilitando la organización de base, vía prebendas sectoriales –como la dada a los médicos anestesiistas—. A su vez, profundizando esa fragmentación de los trabajadores del hospital, luego la patronal ofreció sumas salariales no remunerativas a distintos sectores, culminando con la oferta de una carrera de especialización que convalidó aumentos discriminados por categorías y un alargamiento de la pirámide salarial.¹⁵

una frase de su autoría en la cual llamaba a la lucha antiimperialista, logrando una composición que pretendía ligar al dirigente de base con la reivindicación de los atentados del 11/9. Por otro lado, y según algunos delegados, durante el conflicto un notero del canal de noticias Todo Noticias, cerca de las 23 horas, les propuso a los activistas comenzar a tocar los bombos y cantar reivindicaciones, ya que iban a salir al aire en vivo. Pero al iniciar la transmisión el periodista comenzó a denunciar los ruidos de los huelguistas que parecían molestar a los niños enfermos.

Sin embargo, y como contracara, algunos noteros se solidarizaron con los trabajadores y los ayudaron para lograr comunicar de la mejor manera el conflicto, por ejemplo adelantándoles las preguntas que iban a recibir y ayudándoles a reformular el discurso. Aquí había una diferencia entre la edición hecha en el canal por los responsables de noticias y la actitud de los trabajadores de prensa en el lugar de los hechos. Para un estudio más extenso de esta cuestión, véase, Coscia, V. (2010). “¿Entre el diálogo y la confrontación? Luchas sindicales desde una perspectiva comunicacional”. Revista Lavboratorio N° 23, Año 10.

¹⁵ Este proceso fue reconstruido a través de entrevistas a delegados y de análisis de notas formales emitidas tanto por la junta interna clasista como por el Consejo de Administración del hospital.

Extensión de la huelga y aislamiento de la junta clasista

En este punto, evaluaremos el comportamiento asumido por los actores políticos involucrados en el conflicto del 2005 en el hospital pediátrico. A partir de la crónica de los acontecimientos se pueden observar cómo van cambiando las posiciones de la máxima dirigencia de ATE, del resto de los sindicatos asociados a la contienda, el papel de los grupos clasistas intervinientes como apoyo y la propia patronal estatal.

Como se dijo, tras el cierre de la negociación en el primer tramo de la huelga, las entidades asociadas abandonaron el mismo, sobre la base de un aumento salarial que entendieron suficiente. Sin embargo, la junta interna que estudiamos inició un nuevo rumbo del conflicto tras la decisión de no firmar una cláusula de “paz social”, que la aisló respecto a los otros sindicatos y también respecto a la conducción oficial de ATE.

Con relación a la conducción del sindicato, los principales líderes de la junta idearon lo que ellos llaman una “táctica de embrete”, a través de la cual se presionaba a la dirigencia de ATE en las asambleas para la aprobación de convocatorias a paro nacional, demanda que ésta no podía garantizar. Por esa razón, la conducción se veía obligada a no convalidar con su participación lo que decidía el órgano deliberativo, lo que les generaba un desprestigio, tanto en el hospital como fuera de él. Esa *relación tensa* con la cúpula sindical se profundizó cuando la junta interna se negó a firmar el acuerdo de paz social e impuso una nueva huelga para el 26 de junio de ese año.

En este caso, se pone en evidencia un fenómeno que también vemos aparecer en otros conflictos conducidos por la base de los gremios, incluso por fuera del carácter clasista de la organización. Nos referimos a que la autonomía de las juntas o comisiones internas muchas veces le brinda a la organización de base un protagonismo que no podría adoptar de otra manera.





En este contexto de ruptura con el resto de las entidades gremiales que representan a los trabajadores del hospital, y con dificultades para ponerse de acuerdo con la conducción oficial de ATE, la junta interna establece como principal aliado un frente externo al lugar de trabajo, de carácter clasista, en un variopinto escenario de situaciones políticas.

Como la huelga escalonada había logrado mantenerse en la escena mediática por un largo tiempo, los sectores más radicalizados de la junta interna establecieron acuerdos con sectores partidarios y sociales de izquierda, y con espacios sindicales que responden al *clasismo como tradición gremial* (en distintos gremios: de salud, docencia, transporte, aeronáuticos, etc.), para configurar un “comité de apoyo” al conflicto. Así, frente a los descuentos del gobierno en el cobro de haberes de los meses de agosto y septiembre, el “fondo de huelga” promovido por las organizaciones aliadas permitió amortiguar esa dificultad económica y continuar por un tiempo más con las medidas de fuerza.

El comité de apoyo, clasista y externo al hospital, ofrecía capacidad de movilización, propaganda y recursos económicos a los huelguistas.¹⁶ Pero, al ser radical su interpretación del conflicto, comenzó a profundizarse la distancia entre el interés de los trabajadores del hospital y las aspiraciones políticas de los dirigentes clasistas que conducían la huelga.

Mientras el conjunto del personal que participaba de las populosas asambleas sostenía metas de tipo reivindicativas e interpelaba principalmente a las autoridades del hospital, los dirigentes de esta huelga cargaban también con otra clase de objetivos que se dirigían a la cúpula sindical y al gobierno nacional. Éstos iban más allá de lo gremial y se asomaban al ámbito de lo político. Más allá de los que

¹⁶ Este comité estaba conformado por delegados de filiación trotskista de otras juntas internas de ATE, partidos trotskistas como el PTS, el PO, el MST y el PRS, centros y federaciones de estudiantes, piqueteros de las corrientes Aníbal Verón, Polo Obrero, Teresa Rodríguez, entre otras.

compartían con el conjunto de los trabajadores, los principales objetivos de los líderes, según ellos, eran dos. Uno tenía que ver con la “construcción de una corriente interna de trabajadores estatales para intentar competir con las cúpulas sindicales”. En este sentido, la idea era aprovechar la fuerza acumulada y las relaciones establecidas durante el conflicto para consolidar un “frente de empleados estatales”, que no sólo incluyese a personal de la salud o de la administración pública, sino también a otros trabajadores, especialmente docentes. De este modo, de lo que se trataba era de fundar una línea que atravesara diferentes sindicatos, con la oportunidad que esto brinda para competir también con posibilidades en las elecciones internas de la CTA.

A partir de la agitación generada en torno a la larga huelga del hospital, el otro objetivo tenía que ver, según uno de los principales delegados, con “contribuir a derrotar las políticas del estado nacional” en las diferentes áreas de gobierno, en aquel 2005 tan convulsionado a raíz de conflictos de todo tipo, principalmente laborales, liderados por dirigentes sindicales de base y organizaciones piqueteras. La confluencia con otras juntas y comisiones internas de delegados, con partidos políticos de izquierda, con agrupaciones piqueteras y federaciones universitarias, además de intentar obtener un apoyo firme frente a la avanzada contra los trabajadores –lo que de hecho se logró–, apuntaba a conformar una coordinación contra las políticas del gobierno de Kirchner.

Por otro lado, la confianza y legitimidad entre líderes y trabajadores está determinada por la dinámica cotidiana que se expresa en el ámbito de trabajo y limitada a ese espacio, desconocido para quienes son externos al mismo. Nos encontramos así con la vida diaria de los empleados y afiliados, que no parecen soportar intermediaciones institucionales de la conducción, ni intereses políticos de actores que están fuera del lugar de trabajo.





Apuntes sobre un pasado reciente

Como ha analizado Juan Carlos Torre,¹⁷ este comportamiento del liderazgo clasista en la lucha sindical ha mostrado en el pasado dificultades similares.¹⁸ En particular, el análisis de las oposiciones sindicales a mediados de la década del setenta, parafraseando al autor, muestra una gravitación tal de esos liderazgos que los obliga a profundizar su rol político, aún cuando, en este recorrido, no tengan el acompañamiento de la base gremial a la que representan. Una paradoja que produce un aislamiento de esos liderazgos cuando inician su derrotero político, olvidándose, de alguna manera, de la base gremial que lo hace posible. Un contrasentido entre el rol político del clasismo en el campo sindical, y sus consecuencias en el sostenimiento de la lucha gremial, aún cuando entren en contradicción con las aspiraciones políticas.

La tradición del clasismo sindical tiene un comienzo furioso a partir de 1969, como oposición gremial a las conducciones burocráticas.¹⁹ En ese entonces, los dirigentes clasistas condujeron conflictos gremiales que se transformaron en iconos de la lucha de los trabajadores. Durante el tercer gobierno peronista estas acciones continuaron tanto en Córdoba, como en Rosario y Buenos Aires. Varios fueron los logros

¹⁷ Entre otros trabajos, nos referimos aquí a los aportes que el autor hace sobre los sucesos de “oposición sindical” vividos en el país luego del Cordobazo. Véase, Torre, J. C. (2004). *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.

¹⁸ Para una mirada distinta de la interpretación del clasismo sindical en los años setenta, interesada por esos liderazgos y su comunicación con los obreros, véase, Gordillo, M. (2007). *Sindicalismo y radicalización en los setenta: las experiencias clasistas*. En C. Lida, H. Crespo y P. Yankelevich (Comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. México: El Colegio de México.

¹⁹ Hablamos de “clasismo” dentro del sindicalismo para definir, en términos generales, a las corrientes de izquierda no peronistas, que como eje identitario ponen el acento en los intereses de clase más que en los intereses nacionales.

económicos de estos liderazgos, fuertemente respaldados por el conjunto de los trabajadores.²⁰

Sin embargo, y siguiendo a Torre, también en esa década este acompañamiento obrero pareció restringirse al ámbito de lo gremial. Los dirigentes clasistas surgían como líderes totalmente legitimados por las bases, las que confiaban plenamente en ellos, pero a quienes no solían seguir más allá del lugar de trabajo. En ese momento, el ámbito de la política aparecía como un límite para el apoyo de los trabajadores.

Los principales líderes de ese clasismo sindical, René Salamanca y Agustín Tosco, eran dirigentes obreros con una clara orientación marxista, que en el caso del primero lo había llevado a militar en el Partido Comunista Revolucionario. No obstante, a pesar de sus posicionamientos político-ideológicos, la masa de los trabajadores –que según Torre, Fernández y Abós era unánimemente peronista–²¹ los había elegido como sus dirigentes gremiales, y ambos dos tenían todo su apoyo.

²⁰ Véase: Basualdo, V. (2009). *Los delegados y las comisiones internas en la historia argentina. Una mirada de largo plazo, desde sus orígenes hasta la actualidad*. Nueva York: Departamento de Historia de la Universidad de Columbia. Colom, Y. y Salomone, A. (1998). “Las Coordinadoras interfabricales de Capital Federal y Gran Buenos Aires”. *Razón y Revolución* N° 4, otoño. Delich, F. (1994). *Crisis y protesta social: Córdoba 1969*. Córdoba: La Fundación. Duval, N. (1988). *Los sindicatos clasistas: SiTraC, 1970-1971*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. Gordillo, M. (1991). “Los prolegómenos del Cordobazo: los sindicatos líderes de Córdoba dentro de la estructura del poder sindical”. *Desarrollo Económico* Vol. 31, N° 132. Jelin, E. (1977). “Los conflictos laborales en Argentina, 1973-1976”. *Estudios Sociales* N° 9. Lóbbbe, H. (2006). *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*. Buenos Aires: Ediciones RyR. Werner, R. y Aguirre, F. (2007). *Insurgencia obrera en la Argentina. 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabricales y estrategias de la izquierda*. Buenos Aires: IPS.

²¹ Véase: Torre, J. C. (2004). *El gigante invertido. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. op. cit. Fernández, A. (1985). *Las prácticas sociales del sindicalismo (1976-1982)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. Abós, Á. (1984). *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.





Esta disociación entre el nivel de las luchas gremiales y el de las lealtades políticas existente en los lugares de trabajo, tuvo consecuencias en el destino de la dirigencia clasista: *“En primer lugar, si bien hizo posible que militantes de explícita ideología de izquierda llegaran a conducir las luchas y las organizaciones, confinó al mismo tiempo su influencia al terreno sindical. Así, la oposición sindical nunca pudo salir del campo de las luchas sociales y capitalizar su indudable incidencia sobre ellas gestando una alternativa política al partido peronista gobernante.”*²²

De esta manera, el clasismo sindical se encontró con un obstáculo para el alcance de los objetivos y las expectativas políticas establecidas. Las bases trabajadoras estaban plenamente imbricadas en los conflictos gremiales encabezados por sus dirigentes locales, pero no acompañaban las medidas tendientes a la construcción de una alternativa política por fuera de las fábricas y establecimientos laborales.

A su vez, Torre señala: *“No se distorsionarían los hechos si se afirmara, además, que esta politización de los líderes sindicales, en la medida que atraía la represión gubernamental a la vida de la empresa y del sindicato, era seguida con escaso entusiasmo por los trabajadores que habían confiado a ellos la dirección de sus luchas económicas y sus organizaciones gremiales.”*²³

Por otro lado, desde 1973 las luchas económicas eran legitimadas a partir del propio discurso oficial, que insistía en que el retorno del peronismo al gobierno significaba el fin de las políticas anti-laborales de los años anteriores. *“Que en el centro de la lucha de los trabajadores hubiera estado la política del gobierno que ellos habían elegido creó una situación peculiar, que mal puede ser contenida dentro de un*

²² Torre, J. C., op. cit., pág. 94.

²³ Torre, J. C., op. cit., pág. 95.

esquema lineal de lucha de clases. La presencia del movimiento peronista en el poder introdujo un hiato entre las luchas de fábrica contra los empresarios y las luchas contra las políticas del Estado; y este hiato fue, a su vez, responsable de la desarticulación de los conflictos entre estos dos planos, bloqueando, así, la unidad de la movilización obrera.”²⁴

Frente a esta interpretación, el debate sobre el clasismo sindical está abierto.²⁵ La historia de esta tradición obrera está siendo desafiada, para comprender los elementos que la debilitan, tanto dentro como fuera del mundo sindical. Si tenemos en cuenta lo sucedido en esos años, podríamos decir que esta experiencia histórica parece haber conocido una cierta actualización en los sucesos huelguísticos acaecidos en el hospital al que hemos hecho referencia y que relatamos anteriormente. De esta manera, el caso de estudio elegido nos sirve para reflexionar, en un contexto político y económico diferente, en torno a ciertas características del clasismo sindical.

Así, la junta interna analizada, al igual que varios de los liderazgos más importantes del clasismo setentista, parece haber sufrido esta suerte de división de intereses en el seno de las bases. Los objetivos políticos del clasismo se vieron en ambas oportunidades alejados de los intereses del conjunto de los trabajadores. El acompañamiento de estos últimos corresponde estrictamente a los asuntos que se desarrollan al interior del lugar de trabajo. Mientras que en el plano general de la política, las diferencias parecen ser irreconciliables. La apuesta de la dirigencia por arrastrar la movilización conseguida al

²⁴ Torre, J. C., op. cit., pág. 133.

²⁵ Para una discusión específica de este comportamiento clasista dentro del sindicalismo argentino, y sus consecuencias sobre el terreno partidario más amplio, reconocemos la tesis doctoral recientemente publicada por Darío Dawyd, quien analiza en profundidad los pormenores de la constitución y la crisis de la experiencia de la CGT de los Argentinos. Véase, Dawyd, D. (2011). *Sindicatos y Política en la Argentina del Cordobazo. El Peronismo entre la CGT de los Argentinos y la reorganización sindical (1968-1970)*. Buenos Aires: Editorial Pueblo Heredero.





plano de una construcción para la disputa política, tuvo como consecuencia en ambos casos un alejamiento por parte de los trabajadores. Un alejamiento que, más allá de los logros reivindicativos obtenidos, en ambos momentos significó una importante desarticulación y pérdida de organización.

Desafíos políticos del clasismo gremial

Los señalamientos que realizamos del proceso huelguístico en el hospital nos permiten reflexionar sobre los desafíos políticos que tiene por delante el clasismo sindical. Un balance de esta naturaleza, imprime a la huelga del 2005 un carácter ejemplar para comprender los retos de esta tradición obrera en general, y frente al escenario impuesto por el kirchnerismo en particular.

En gran medida, ese enfrentamiento mostró cuál sería la estrategia del gobierno nacional para hacer frente a estos focos de protesta, desde una posición que pretendía alejarse de una “criminalización” de las demandas sociales, lógica impuesta en los años noventa. También dejó en claro cuáles son los límites de la utilización propagandística de los medios de comunicación, para adoptar una transcendencia pública que de otra manera no podría lograrse. Es decir, dejó en claro cuán efímero es el interés gremial de las líneas editoriales de la prensa nacional. En definitiva, el análisis político de un caso que adquirió repercusiones nacionales nos permite una revisión del clasismo como tradición sindical, aún sin pretender aislarla del resto de las contiendas gremiales en curso.

En ese contexto, el gobierno kirchnerista estableció una serie de estrategias para aislar el conflicto analizado, con el objetivo de evitar una proliferación que en ese momento pusiera en riesgo su imagen frente a la opinión pública. Detrás de esa meta, puso en juego una serie de mecanismos, los cuales, de un modo combinado, sirvieron

para acallar a los huelguistas. La pericia con la que se introdujo cada herramienta les permitió tener la iniciativa para interferir en el curso de la huelga y debilitar la solidaridad entre los trabajadores. Recordemos que ese resultado se produjo en el segundo tramo de la huelga cuando, de alguna manera, por la prolongación de la medida, los huelguistas habían perdido la iniciativa y mostraban rasgos de agotamiento en su capacidad de resistencia.

Concretamente, el gobierno kirchnerista inició una política de manipulación de la opinión pública para enfrentar a los huelguistas. Una orientación que en el primer tramo del conflicto no encontró eco en las principales líneas editoriales, como sí lo hizo luego, cuando la prolongación del conflicto revirtió las consideraciones de los medios nacionales (una revisión a la cual también se sumó la prensa internacional).²⁶ En esa operación ideológica han participado primero el ministro de trabajo cuando habló de “injustificada” prolongación de la medida de fuerza, a ello se sumó la descalificación hecha a los huelguistas por parte del ministro de salud, que los llamó “delincuentes sanitarios”, y finalmente las palabras del presidente de la nación cuando, refiriéndose al principal dirigente de la huelga, lo consideró antidemocrático por su orientación leninista.

La estigmatización de la huelga, los huelguistas y sus principales dirigentes, operada por los funcionarios kirchneristas y la prensa nacional, fue cambiando el rumbo del conflicto, produciendo un aislamiento gremial de la junta clasista que encabezaba la protesta. La prolongación de la medida de fuerza dio lugar a una serie de medidas judiciales que fueron minando la iniciativa de los trabajadores. Particularmente, nos referimos a la sanción de la huelga, por considerarla perjudicial para el normal funcionamiento del hospital

²⁶ Este conflicto era seguido atentamente por la CNN y por medios españoles y franceses. También estaban presentes periodistas de otros países europeos como Suecia y Alemania.





pediátrico. Dicha judicialización de la protesta llegó incluso a rayar los límites de la criminalización, cuando la justicia dispuso el ingreso policial al predio del hospital, una maniobra que pudo ser resistida por los trabajadores del organismo. La última fase del ardid judicial se centró en uno de los sectores más combativos: la enfermería.

La política de manipulación ideológica y de judicialización de la protesta de la que fueron objeto estos huelguistas fue acompañada por una serie de medidas prebendarias, que consiguieron doblegar la solidaridad interna de los trabajadores en el hospital. Las herramientas laborales que utilizó el gobierno kirchnerista estuvieron primero destinadas al personal médico, en particular al sector de anestesistas, que son estratégicos para lograr el normal funcionamiento del nosocomio (con subas salariales para alejarlos de los convenios). En un segundo momento, las prebendas fueron orientadas al sector más combativo de la huelga, ofreciéndoles una serie de beneficios contractuales a las enfermeras para lograr su alejamiento del resto de los trabajadores del hospital.

Con esos retrocesos políticos y gremiales, la conducción clasista de la huelga fue forzada a realizar una alineación con sectores externos no gremiales, para resolver las dificultades movilizatorias y generar una propaganda a favor, que combatiese la manipulación pública impuesta por el gobierno. Como hemos dicho, esta articulación, si bien le brindó recursos organizativos al conflicto, actuó también como un obstáculo en la comunicación entre líderes y trabajadores, aún cuando los dirigentes nunca vieron en riesgo su legitimidad como conductores del conflicto. En la actualidad, esa orientación clasista dentro del sindicato estatal ha podido conformar un frente para la disputa institucional en el gremio, sin avances electorales significativos.²⁷

²⁷ En nuestros días, ese frente clasista dentro del sindicato estatal adquirió una fuerte presencia en distintos organismos sanitarios. Concretamente, la experiencia de la

Ahora bien, ese aislamiento político al que fue condenada la junta clasista en el conflicto del 2005, puede comprenderse como un límite y una contradicción para una orientación que lleva adelante una huelga de carácter prolongado. Dicho aislamiento tiene dos caras: por un lado, la mayor autonomía de la junta para llevar adelante el conflicto, sin el beneplácito de un aparato burocrático; por otro lado, una sobrevaloración de la resistencia prolongada, que, al observar las consecuencias políticas de la huelga, implica un quite en la iniciativa de los trabajadores frente a la embestida patronal.

Finalmente, en esta paradoja entre la esfera gremial y la política está la clave interpretativa de la tradición clasista del gremialismo, hoy enfrentada a un gobierno popular. Por esa razón, en un artículo antecedente, señalamos lo siguiente: *“el cierre provisorio de un conflicto tomando en cuenta los alcances y la investida patronal posterior permitirá, en otro momento, retomar la correlación de fuerzas con una acumulación mayor de recursos. Sin la impresión entre los manifestantes que el nuevo ciclo de conflicto se inicia en un momento de vacío en el capital acumulado.”*²⁸ Por consiguiente, la dilación en el tiempo de la herramienta huelguística puede transformarse en un obstáculo para la iniciativa política de los trabajadores, manifestándose como rasgos de debilidad por el agotamiento que esa resistencia provoca.

junta clasista en el hospital pediátrico pudo asociarse con otras fuerzas gremiales que están presente en otros dos nosocomios públicos del país. En todos los casos, estamos frente a espacios gremiales que tienen éxito en la disputa electoral por la representación en el lugar de trabajo, sin que esta posición se expanda al nivel de la disputa institucional del gremio. Además, tienen en común un programa de acción gremial que pone el acento en la autoridad de la asamblea, para la toma de decisiones, y la independencia de estructuras organizativas “patronales”, como ellos mismos las identifican. Por consiguiente, estamos frente a un programa gremial que lentamente crece dentro del sindicato estatal, y en particular en el sector sanitario, sin embargo, todavía ese crecimiento no muestra signos de capacidad para disputar poder interno en el gremio donde se desarrolla.

²⁸ Duhalde, S. y Lenguita, P. (2011). “El sindicalismo clasista. Análisis de la tensión entre lo político y lo gremial en la acción sindical”. XXVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Recife, Brasil, pág. 13. Además de este realce sobre el elemento intensificador de la lucha huelguística, en el artículo identificado analizamos otras expresiones de esta paradoja entre lo gremial y lo político. Según pensamos, esa revisión de la acción gremial y la vida política del clasismo en la actualidad puede ser reconstruido a partir del caso analizado.





Notas finales para el debate

Continuando argumentos desplegados en otros trabajos,²⁹ creemos que la situación del kirchnerismo en el poder –por su política de crecimiento económico, vía devaluación monetaria, iniciada a comienzos de la década pasada– potenció una puja salarial que fue el motor de la revitalización del conflicto laboral desplegado en esos años. Una renovación que permitió una mayor incidencia de nuevos militantes y dirigentes de base en los sindicatos, que fueron incluso formados con el calor de la lucha popular, en el marco de la crisis que el país vivió en 2001.

Desde esa perspectiva, estudiamos una huelga con repercusiones a nivel nacional, que fue conducida por la junta interna de un sindicato estatal, cuya característica política es la adhesión a una tradición clasista que parece actualizarse en el presente contexto de revitalización de la lucha sindical en el país.

La organización de base analizada, representa la práctica de un clasismo sindical renovado. Una práctica que comenzó a actualizarse a partir del triunfo de esta fracción gremial en las elecciones internas dentro de un sindicato estatal, la Asociación Trabajadores del Estado, paradigmático por su carácter democrático en la incorporación de corrientes sindicales, pero también por cómo éstas actuaron para “traccionarlo” y avanzar en una resistencia al neoliberalismo de los años noventa, que fue emblemática.

En su programa electoral, la Lista Roja dejó plasmado sus principios políticos clasistas para conducir un gremio, basado en la asamblea

²⁹ En el artículo de Lenguita, P. (2011). “Revitalización desde las bases del sindicalismo argentino”. Revista Nueva Sociedad N° 232, marzo-abril, se instala una discusión sobre la renovación de la base sindical a partir del proceso de represión que ésta vivió con el Terrorismo de Estado y de la actual conformación dada por la disputa económica luego de la devaluación.

como autoridad deliberativa y ejecutiva, y en una independencia gremial respecto a lo que dan en llamar gobiernos y partidos “patronales”. En cualquier caso, esas premisas fueron el punto de partida para abordar una dinámica cotidiana en la organización gremial de base, que es una avanzada en la participación de los trabajadores, afiliados o no al sindicato. Sin dudas, es ese modelo de comportamiento gremial, una bandera del clasismo, en el pasado y en el presente, y un instrumento político para adquirir una enorme cuota de legitimidad entre los trabajadores, sin que ello se expanda al terreno de la disputa electoral sobre el conjunto del gremio y mucho menos a nivel de los partidos políticos que disputan en la arena gubernamental nacional, provincial o municipal.

Sin el apoyo institucional de la cúpula sindical, esta orientación clasista queda limitada a la permanente búsqueda de caudal movilizatorio, en un primer momento promovido por alianzas externas (otros actores clasistas, su propaganda y recursos organizativos), pero luego condicionantes para la mediación directa que los trabajadores reclaman respecto de sus líderes de base, legitimados en una práctica cotidiana de transparencia en el terreno de la representación gremial del lugar de trabajo.

Los desafíos del clasismo sindical son la renovación de los cuadros de representación en los gremios, los cambios en la cultura política de los sindicatos, la profundización de la democracia y la participación de los trabajadores en sus reivindicaciones. Pero todavía muestra dificultades a la hora de manejar el ritmo de las demandas laborales, de responder a las mesetas en la participación política de la vida sindical y a las lógicas, retóricas o ideológicas, que aparecen en las disputas a nivel electoral, en un gremio, en una central sindical o en un escenario de partidos.





Dicho de una manera sencilla, los trabajadores no están todavía en condiciones de avanzar con velocidad sobre esos espacios de participación en términos de confrontación, de disputa de poder y de acumulación política, y algunos dirigentes clasistas asumen una falsa expectativa sobre esa avanzada: así es como se dificulta la percepción de la disipación del respaldo de sus propios representados y se tensa a su vez su propia representación, genuina, transparente y fortalecida por el día a día de su liderazgo en el lugar de trabajo.

Por consiguiente, en la tradición clasista parece hallarse todavía cierto dilema estratégico: la politización de la lucha gremial acrecienta el caudal movilizatorio, pero éste deja de ser una herramienta para la acción en la medida en que no obtiene resultados o dilata, sin concreción, los términos de la negociación. Una contradicción que observamos en el caso de estudio, entre lo que pretendían los trabajadores del hospital como resultado de la huelga y los logros obtenidos después de un enorme desgaste, económico, político, cotidiano y subjetivo. Ese balance colectivo entre los resultados del conflicto y el desgaste cotidiano está en la cabeza de los activistas y trabajadores, y también, sería deseable, en los balances políticos que hacen sus líderes.

Bibliografía

Abós, Á. (1984). *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Basualdo, V. (2009). *Los delegados y las comisiones internas en la historia argentina. Una mirada de largo plazo, desde sus orígenes hasta la actualidad*. Nueva York: Departamento de Historia de la Universidad de Columbia.

Colom, Y. y Salomone, A. (1998). “Las Coordinadoras interfabriles de Capital Federal y Gran Buenos Aires”. *Razón y Revolución* N° 4, otoño.

Coscia, V. (2010). “¿Entre el diálogo y la confrontación? Luchas sindicales desde una perspectiva comunicacional”. *Revista Laboratorio* N° 23, Año 10.

Dawyd, D. (2011). *Sindicatos y Política en la Argentina del Cordobazo. El Peronismo entre la CGT de los Argentinos y la reorganización sindical (1968-1970)*. Buenos Aires: Editorial Pueblo Heredero.

Delich, F. (1994). *Crisis y protesta social: Córdoba 1969*. Córdoba: La Fundación.

Duhalde, S. (2010). “Neoliberalismo y nuevo modelo sindical. Los trabajadores estatales durante la primera presidencia de Carlos Menem”. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología* Vol. 19, N° 3.

Duhalde, S. y Lenguita, P. (2011). “El sindicalismo clasista. Análisis de la tensión entre lo político y lo gremial en la acción sindical”. XXVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Recife, Brasil.

Duval, N. (1988). *Los sindicatos clasistas: SiTraC, 1970-1971*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Fernández, A. (1985). *Las prácticas sociales del sindicalismo (1976-1982)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Gordillo, M. (1991). “Los prolegómenos del Cordobazo: los sindicatos líderes de Córdoba dentro de la estructura del poder sindical”. *Desarrollo Económico* Vol. 31, N° 132.

Gordillo, M. (2007). *Sindicalismo y radicalización en los setenta: las experiencias clasistas*. En C. Lida, H. Crespo y P. Yankelevich





(Comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. México: El Colegio de México.

Jelin, E. (1977). "Los conflictos laborales en Argentina, 1973-1976". *Estudios Sociales* N° 9.

Lenguita, P. (2011). "Revitalización desde las bases del sindicalismo argentino". *Revista Nueva Sociedad* N° 232, marzo-abril.

Lenguita, P. y Varela, P. (2010). Una reflexión sobre el rol de las comisiones internas en el sindicalismo argentino. En C. Figari, P. Lenguita y J. Montes Cató (Comps.), *El movimiento obrero en disputa. La organización colectiva de los trabajadores, su lucha y resistencia en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Ediciones CICCUS.

Lôbbe, H. (2006). *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*. Buenos Aires: Ediciones RyR.

Torre, J. C. (2004). *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Werner, R. y Aguirre, F. (2007). *Insurgencia obrera en la Argentina. 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*. Buenos Aires: IPS.